

CONSUMATUM EST: HABEMUS BELLUM

Tenían razón los pesimistas y los servicios de inteligencia: Putin no había desplegado más de 150.00 soldados en las fronteras con Ucrania para permitirse un espectáculo plástico de fuerza. Desde el principio de la historia tenía solo un objetivo, el de acabar con la independencia soberana y la integridad territorial de Ucrania y apropiarse del país. Tenía un ejemplo en el que basarse: el de la URSS de Lenin y Stalin. El mundo civilizado, ese que suele corresponder a los adjetivos “democrático” y “occidental”, ha contemplado con horror e impotencia lo que ha sucedido y sigue sucediendo, pensando, con su habitual tendencia al “wishful thinking”, la funesta manía de confundir los deseos con las realidades, que el milagro evitaría lo peor en última instancia. No ha sido así. El autócrata ruso, confesado admirador del sistema dictatorial marxista leninista para el que había trabajado como espía, ha roto con los principios elementales del Derecho Internacional que deben regir las relaciones entre los Estados, y que forman la columna vertebral de la Carta de las Naciones Unidas, adquiriendo el sangriento título de sucesor de aquellos que en 1938 trocearon la integridad territorial de Checoslovaquia para hacerse con los Sudetes -Hitler y sus nazis- y de aquellos otros que en 1939 invadieron Polonia para dotarse de más espacio en el que consumir sus fechorías -Hitler y sus nazis, acompañados de Stalin y sus comunistas-. No hace falta recordar para todos aquellos que retienen una noción elemental de la Historia que aquella siniestra aventura acabó desencadenando la II Guerra Mundial. Y a efectos más próximos, conviene recordar también que fue la Rusia de Putin la que ya en 2014, con la ilegal y violenta anexión de Crimea, había adquirido el más que

dudoso título de haber perpetrado la primera violación territorial en un Estado europeo desde que en 1945 acabara la II Guerra Mundial.

El criminal atentado contra Ucrania ha pretendido arrojarse desde el Kremlin con todo tipo de imaginadas justificaciones, a las que naturalmente el sistema neo soviético ha dado aire a través de sus sistemas globales de desinformación. Para los que para ello tengan reñños, habría bastado con observar los programas y los textos de “Russia Today” y de “Sputnik” para medir el alcance del delirio: que Ucrania era la cuna de la “Santa Rusia”, que la seguridad rusa estaba amenazada por el intento ucraniano de asociarse a la OTAN, que la Federación putiniana estaba siendo objeto de una calculada amenaza proveniente de los antiguos miembros del Pacto de Varsovia y ex repúblicas soviéticas ahora asociadas con el mundo occidental...La realidad era y es muy otra y los herederos de Stalin, como Putin, hubieran debido tomar noticia de ello: los antiguos asociados forzosos dentro y fuera de la URSS aprovecharon su desaparición para buscar refugio en el mundo que podría ofrecerles libertad, prosperidad y seguridad, cosas que nunca han existido en el catálogo de propuestas de la Rusia imperial o soviética. No es casualidad, y estaba y está en su perfecto derecho, que Ucrania buscara lo mismo al amparo de la condición de Estado soberano e independiente adquirido en 1991, cuando la URSS confesaba su fracaso y sin disparar un solo tiro desaparecía en la alcantarilla de la Historia. En la que Putin está realizando violentos esfuerzos para devolverla a la superficie. Que lo llegue a conseguir dependerá de la respuesta que encuentre en todos aquellos que tienen a la Carta de las Naciones Unidas por biblia de comportamiento nacional e internacional y creen que la renuncia al uso de la fuerza en las relaciones internacionales es un elemento indispensable

para la construcción y el mantenimiento de una humanidad instalada en la estabilidad y en la paz.

Hay que conceder al delincuente habilidad en el cálculo al planificar la operación: sabía que sus potenciales adversarios no querían, podían o estaban en situación de desplegar la única medida que hubiera podido frenarle en sus desvaríos ilegales: la disuasión militar. Había adquirido ya la experiencia de Crimea, cuando el ruido político y mediático originado por el obscuro atrevimiento de la anexión solo tuvo la respuesta de unas sanciones económicas de las que poco o nada se ha sabido, Y que ciertamente no han servido para disuadirle de hacer lo que ahora ha hecho. Es evidente que ahora la dimensión del desaguisado ha forzado a una reconsideración del desastre y sus consecuencias por parte de los aliados de la OTAN, con los Estados Unidos al frente, y a los socios de la UE. Pero unos y otros han descartado por el momento cualquier respuesta militar y han procurado centrar sus amenazas en una variedad de sanciones, de impacto queridamente variable según la evolución de los acontecimientos. Que hasta el momento se han sucedido en una cadena progresivamente agravada y sin dejar ninguna duda al respecto: la de Ucrania es una operación concebida y realizada para alterar la misma esencia del orden mundial diseñado en la Carta de las Naciones Unidas para “preservar a generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles”. De momento se pueden constatar elementos sustanciales del conflicto que Putin ha provocado: la operación bélica es total, se desconoce al alcance y las consecuencias de las sanciones, es de presumir que para el agresor no existe otro plan que hacerse con el poder total del país invadido. En un contexto en el que el putinismo no excluye la continuación depredadora para hacerse con nuevas fronteras al

Oeste y al Sur de las actuales, además de Ucrania: parte de Polonia y Rumania, la totalidad de Moldova, Estonia, Letonia y Lituania, Belarus, Georgia, Armenia y Azerbaiyán. De las que fueron repúblicas asiáticas de la URSS -Kazajistán, Tayikistán, Uzbekistán, Turkmenistán y Kirguistán- no hay que preocuparse: están en sintonía con la voz del amo moscovita.

No cabe ignorar la profunda gravedad de la situación. Tampoco la responsabilidad de los que con su agresión han contribuido a crearla. La previsibilidad de un mundo básicamente estable ha sido puesta en radical entredicho por los agitadores moscovitas, entregados a una maniobra suicida: aquella que Hitler desencadenó en 1938 con la crisis de los Sudetes y que con la cooperación soviética abrió el camino para la II Guerra Mundial. ¿Estamos en vísperas de contemplar el comienzo de la Tercera? Basta con observar los gestos de Putin y escuchar sus propósitos para deducir la abominación que sus decisiones encierran: no le importaría. Quizás vaya siendo hora de que el resto de la Humanidad, China incluida, comience a preguntarse por las soluciones que cabría aplicar a los autócratas rusos con los que su “santa patria” ha venido obsequiando a la Humanidad desde 1917.

Javier Rupérez

Embajador de España